

# La Iglesia en España

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**R**ONOSTIQUE en estas mismas páginas el mal resultado que daría el que los obispos fuesen nombrados en el futuro directamente por Roma, después de haber cedido el Rey el privilegio acerca del nombramiento de obispos. Porque la Iglesia católica, como institución, tiene todos los defectos de las grandes estructuras: la tendencia al conservadurismo, que inevitablemente se ha de notar a la hora de nombrar ella directamente a los que van a ocupar las vacantes episcopales existentes.

El hecho de que ya no intervenga directamente el Estado en la selección de obispos es un paso evidente en la clarificación de las relaciones Iglesia-Estado. Con ello se consigue un buen paso hacia la independencia mutua. Y eso es una gran cosa.

Pero el problema interno de la Iglesia no se ha solucionado con eso. Estamos igual o peor que antes. Si anteriormente padecimos una mayoría de obispos —y a veces la casi totalidad— complacientes con el franquismo, o decididos propagandistas de la dictadura que hemos sufrido durante cuarenta años, ahora tenemos unos obispos —por lo general— que no representan la figura episcopal que se describía en las encuestas de la zona de Vallecas que comenté en mi anterior artículo sobre la imagen actual del obispo querido por nuestros católicos.

El fallo está en la nula intervención del pueblo. El pueblo cristiano necesita participar en la marcha de lo religioso, para que no caigamos en la tentación de estructurar la Iglesia como una pirámide clerical. No puede ni debe ser separado el seglar, lo mismo que el simple sacerdote, de esta responsabilidad. El mejor pensador católico de estos últimos siglos —el famoso cardenal Newman, que vivió en el siglo XIX— observaba con acierto que los sacerdotes que apartan a sus fieles de toda participación en la marcha de la Iglesia, y los convierten en ovejas mudas, son los fautores de los futuros ateos, al no vivir responsablemente el cristianismo, sino ser inducidos a actuar como autómatas. Por eso pedía también a los seglares, hace ya dieciséis siglos, San Juan Crisóstomo: "No dejéis a los sacerdotes todo el cuidado de la Iglesia", por la sencilla razón de que, poco a poco, la convertirán en cosa suya sin intervención de nadie más.

Y la Iglesia-institución sigue en España intentando por todos los medios dominar a su grupo de fieles. Ayer, haciéndolo con la ayuda del Estado, y hoy sin él. Pero siempre bajo el mismo esquema dominador y dictatorial, por más que lo suavice hoy calzándose guante blanco para mejor disimular su afán de mando.

Vemos esto claramente ahora en el nombramiento de los nuevos obispos (ya seis si mis cálculos no están equivocados). Cada pocas semanas viene una noti-

cia sin más trascendencia aparente en la prensa de todos los colores; noticia que nadie comenta por lo regular. Y en ella se dice: "ha sido nombrado Don Fulano de Tal obispo de la diócesis de...". Y a continuación sigue un rutinario resumen de lo que han hecho eclesiásticamente estos clérigos en su anodina vida eclesiástica.

Yo, sinceramente, no tengo nada personal contra estos nombres. Pero cada vez que leo el periódico con una noticia así me da un pequeño vuelco mi corazón de creyente, porque veo que el mal sigue hábilmente su curso sin que nadie reaccione. Esta forma de proceder, por parte de Roma, no produce protestas en contra, porque es tan suave y tan cauta que no da lugar a oposición alguna: pasa sin pena ni gloria, pero el hecho está ya consumado para el porvenir, sin arreglo posible.

El mal está precisamente en que el pueblo nada tiene que ver en ello. Contra las tradiciones de muchos siglos en la Iglesia, no hay ya elecciones de obispos. A pesar de que la Iglesia —con evidente, aunque tardío oportunismo— se arrima al carro de la democracia, como si fuese algo naturalmente debido a la estructura de todo grupo humano, resulta extraño que no se percate, o no se quiera percatar, de que como también es un grupo humano tiene que basarse —en cuanto estructura humana— en los fundamentos naturales de todo grupo. Si es un derecho básico, según ella, que todos participemos en la elección de las personas de nuestros gobernantes dentro de la sociedad civil, lo mismo debe ocurrir en la estructura humana de la Iglesia a la hora de elegir las personas que van a orientar nuestra vida espiritual.

Durante siglos hemos padecido el subterfugio de que la Iglesia era de institución divina, y que, por tanto, todo venía de arriba, y los obispos debían ser seleccionados por el Papa. Pero esto es un manifiesto sofisma. El católico cree ciertamente que Dios proporcionó las bases mínimas que debía tener su Iglesia; pero el modo de seleccionar a las personas que la han de dirigir es una decisión humana, como hemos visto claramente comprobado en la práctica vivida desde los primeros años de la Iglesia. Durante siglos hasta el obispo de Roma —el cabeza de la Iglesia— era elegido popularmente, como cuenta el historiador de aquel tiempo, Eusebio.

Después se olvidó esto, y se le dio vuelta al tema, haciéndonos culpar con ruedas de molino, como si Jesús hubiese instituido su Iglesia como algo que debía estar exclusivamente en manos de la clase sacerdotal.

El suplemento de la "Hoja diocesana", de la parroquia de Santa Coloma de Gramanet, dice en uno de sus mensajes de julio último al pueblo católico de la zona: "¿Cuántas cosas se intentan crear sin el

pueblo? El plan comarcal..., la reforma democrática... Y en nuestra Iglesia: ¿cómo se consulta al pueblo?". Preguntas sabrosas y dignas de meditación.

Estamos muy lejos de las antiguas y pasadas "Hojas diocesanas" de nuestra posguerra civil.

En esta modesta hojita que transmite la verdadera voz del pueblo se afirma con toda razón: "Es absolutamente necesaria la no injerencia del Estado en los asuntos internos de la Iglesia. Pero no basta. La buena marcha del pueblo de Dios exige que se le tenga en cuenta. Se hace necesaria la democratización de nuestra Iglesia". Excelente observación que viene al pelo en los momentos actuales en que se estrena el nuevo modo de seleccionar obispos por todo el país.

Además surgirá también en algunos casos la cuestión "del origen geográfico de nuestros obispos; a algunos les bastará que sean de su propia región o diócesis, y dirán: 'Por fin hemos conseguido un obispo catalán, o andaluz, o tortosino'". Pero esto no resuelve el problema de fondo.

Por eso dicen los católicos de Santa Coloma de Gramanet: "Muchos lamentamos disenter. Creemos que el acceder a la dirección y administración de una diócesis ha de ser por la vía democrática; es decir, con el respaldo de una mayoría capaz de conferir al obispo una representación auténtica. Hoy por hoy, sin el respaldo de pueblo fiel, ¿qué más da de dónde vengan los obispos? El que sea de la propia región, aún puede garantizar más el inmovilismo y los privilegios para algunos. Necesitamos no obispos de la región porque sí, sino que piensen con el pueblo, porque sean, estén y actúen con el pueblo. En especial con el pueblo más desheredado, el pueblo base, base".

Nada mejor dicho ni más oportuno en el momento actual.

Después de aquellos primeros momentos independientes del nuncio Dadaglio, ¿tendrá que lamentar la Historia en el futuro aquella su aparente independencia? Ya sé que no le es fácil llegar al deseo que aquí se expresa, pero podría al menos acercarse a él y compulsar de alguna manera la opinión del pueblo, y proponer nombres de obispos de Roma que vinieran por ese cauce popular.

Si no hace esto, si no rompe lanzas por esta popularización de los obispos que elija Roma, estamos hipotecando nuevamente el porvenir y alejando con ello cada vez más al pueblo de la Iglesia-institución, al mismo tiempo que ahondando la crisis eclesial, que aumenta por todas las tierras y países de la nación. ■